

—¿Y cuál de ellas (preguntó Octavia) merece más particularmente su atención?

—En este museo de flores (contestó), la rosa de te es la perla de Rafael.

Elisa hizo un movimiento de impaciencia, y dijo:

—He ahí un punto que se puede discutir al aire libre, porque, en efecto, Octavia tiene razón; aquí hace un calor insoportable.

Y diciendo y haciendo, cogió el brazo de su amiga, y juntas salieron de la estufa: nosotros las seguimos.

¿Te parece todo esto demasiado minucioso y poco interesante? Es posible que lo sea; pero ten paciencia, literato impertinente, y ya verás á su tiempo que la rosa de te no es tan sencilla como parece á primera vista.»

CARTA X.

LA ROSA DE TE.

Octubre 24 de 1873.

«Como te decía ayer, salimos de la estufa, ellas dos delante, y nosotros detrás, resueltos á seguir las hasta el fin del mundo; así es que, al llegar al extremo de la calle, torcimos á la derecha, porque ellas también habían torcido en la misma dirección.

Pasaron por delante de la puerta que conduce al interior de la casa, y siguieron adelante; nosotros hicimos lo mismo, y de esta manera dimos dos vueltas al jardín, yendo á parar siempre á la estufa.

En este paseo intenté sondear, no el corazón, sino el bolsillo de Montenegro, por si podía descubrir la oculta mina de su opulencia; pero nada pude sacar en limpio.

Nuestra conversación fué, poco más ó menos, la siguiente:

—Malos tiempos alcanzamos.

—¡Oh!.... ¡Sí!..., muy malos!

—En España parece la ruina inevitable: la última demagogia nos domina, y después de la catástrofe que se acerca, me parece que no podremos decir: «Todo se ha perdido menos el dinero».

:

—¿Teme V. que triunfe en España la Internacional?

—No lo temo (le contesté). La Internacional ha triunfado ya en España.

—¿Cómo? (exclamó.) ¿Hay alguna noticia?

—Sí (le contesté). Una noticia histórica, que se remonta al año de 1834. Los primeros internacionalistas fueron aquellos que incendiaron los conventos, degollaron á los frailes y saquearon las iglesias. Detrás de estos internacionalistas de las calles estaban los internacionalistas de los palacios, como detrás del instrumento está la mano. Después del degüello, del saqueo y del incendio, vino la ley, la ley del despojo, y detrás de aquéllos están éstos.

—Sí (me replicó); pero ya no existe la preocupación de los conventos; se ha desvanecido el poder de la teocracia, y han entrado en circulación las grandes masas de riqueza que las manos muertas tenían apartadas del movimiento económico de nuestro siglo.

—Pero es el caso (le advertí), que todavía existe la preocupación del lujo y del arte; que no se ha disipado todavía el poder de los grandes capitales; que aún permanecen extrañas al movimiento económico de nuestro siglo grandes masas de riqueza, estancadas en los palacios, en los monumentos y en los museos; no hay conventos, pero hay fábricas; no hay frailes, pero hay ricos.

Aquí Montenegro me miró, encogiéndose de

hombros, como si no diera gran importancia á mi razonamiento, ó, más bien, como si no entendiera mis palabras. Después de un momento de silencio, dijo:

—¡Bah! El hecho importante es que aquí la *Commune* no tiene ni fuerza ni audacia.

Á mi vez me encogí de hombros, y seguí diciendo:

—Sea enhorabuena; pero, entretanto, ponga V. su fortuna fuera del alcance de una turba triunfante ó de una ley votada por la mayoría de ésta ó de otra asamblea, si no se resigna á ser uno de los futuros descamisados.

—¡Oh...., mi fortuna!—exclamó con cierta indiferencia.

Podría atribuir á esta exclamación tres conceptos: ó es un hombre superior que mira con desdén sus propias riquezas, ó es un hombre precavido que tiene su fortuna á cubierto de todas las eventualidades, ó es una especie de Crespo que posee tesoros inagotables. También podía ser que se hallara á punto de verse arruinado, y, en tal caso, bien podía serle indiferente el peligro de la rapiña, bien viniera de la mano airada de las turbas, ó de la mano legislativa de la asamblea.

Verdaderamente, no parece creíble que un hombre como Montenegro, que tan refinadamente sabe rodearse de todas las opulentas comodidades del lujo moderno, viera sin terror la pérdida de su fortuna.

No pude disimular la fuerza de esta reflexión, y, adoptando el aire positivo de un verdadero hombre de negocios, le dije:

—No creo que cambie V. por pura indolencia las comodidades con que vive por las amargas inquietudes de la miseria. En nuestro siglo se desprecia la vida; pero nadie desprecia el dinero. V., más cauto ó menos codicioso que los demás, no posee dehesas ni campos que puedan ser talados, ni quintas, ni fábricas, ni palacios que puedan ser pasto del saqueo y del incendio. Previendo V. las contingencias de la bancarrota, no ha querido, y ha hecho muy bien, exponer sus capitales á las desastrosas eventualidades de las rentas públicas. El papel del Estado no es ya un peligro, sino una ruina casi patente. Supongo también que, mirando con desconfianza la prosperidad, tal vez aparente, de las Bolsas extranjeras, ha depositado V. sus millones en el Banco de Inglaterra, á no ser que, como Simónides, salve V. del naufragio todas sus riquezas llevándolas consigo.

—En efecto (me dijo): la riqueza territorial no ofrece grandes seguridades: su posesión está puesta en tela de juicio por la economía moderna; además, es poco productiva, y se halla sujeta á todos los accidentes de la naturaleza: las inundaciones, las tempestades, las sequías, la langosta...; en fin, es una propiedad acosada por toda clase de plagas. Por otra parte, poseer estos ó los otros terrenos, parece que es renunciar al resto de la tierra. La

industria no ofrece mayores ventajas, y yo no soy partidario de la dureza de los capitales que explotan el trabajo. En cuanto á las rentas públicas, presentan un grave inconveniente: es poner el bolsillo en manos de gobiernos fugitivos, entregándolo al azar de ruinosas alternativas... Simónides hacía muy bien en llevar consigo todas sus riquezas. En fin: el Banco inglés es un establecimiento respetable. Pero, ¡diablo! (añadió), el Banco inglés me recuerda cuatro cosas que lo agradable de nuestra conversación me había hecho olvidar: la primera es, que hoy como en la embajada inglesa; la segunda, que son ya las seis de la tarde; la tercera, que aún tengo que vestirme, y la cuarta, que la rigurosa puntualidad de los hijos de la Gran Bretaña es inexorable.

Y, dicho y hecho: oprimió mi mano, corrió á despedirse de las señoras, y salió del jardín precipitadamente, dejándome en ayunas acerca de la forma auténtica de su fortuna.

De todas maneras, confirmé el juicio que de él había formado aquella tarde, clasificándole entre la multitud de seres superficiales que pueblan el gran mundo.

Elisa y Octavia continuaban su paseo tan entretenidas, que no advertían lo desapacible que empezaba á ser el vientecillo con que se anunciaba la caída de la tarde. Intenté reunirme á ellas para hacerles notar esta circunstancia, y apresuré el paso; pero antes de que las alcanzara volvieron la

cabeza, y, viéndome, cruzaron entre sí algunas palabras, que á mí sin duda se referían, y comenzaron á andar más de prisa.

Apresuré yo el movimiento de mis pies; mas apenas notaron que ganaba terreno, tomaron otra calle, y rompieron á correr resueltamente. Entonces se entabló entre nosotros un verdadera lucha: ellas huyendo, y yo persiguiéndolas. Siempre que burlaban mi persecución, escapándose por las calles transversales del jardín, celebraban su triunfo con carcajadas, en las que sobresalía el timbre delicado de la voz de Elisa.

Empezaba á perder la esperanza de poder cogerlas, y comprendí que no es tan fácil coger á una mujer cuando ella se propone no ser cogida. Sin embargo, insistí como un niño que tiene picado su amor propio, y proseguí dándoles caza. No podía conseguir acercarme á ellas sin ser visto, y en vano me ocultaba en los troncos de los árboles; parecía que me adivinaban.

Renuncié á la astucia y apelé á la fuerza; como á las barricadas bien defendidas, era preciso tomarlas á la carrera, y así lo hice, lanzándome á todo vapor, seguro de alcanzarlas.

En efecto: yo corría más que ellas, y á cada instante disminuía la distancia que nos separaba; antes de llegar al extremo de la calle en que corríamos, caerían en mi poder, y sentía de antemano la alegría del triunfo.

Hubo un momento en que me hubiera bastado

tender la mano para cogerlas, y este fué el momento crítico. Ambas conocieron la inminencia del peligro en que se encontraban, y, aprovechando con hábil estrategia las circunstancias favorables del terreno, se separaron de pronto, desapareciendo la una á la derecha y la otra á la izquierda; vacilé, sin saber á cuál de las dos seguir; perdí tiempo; ganaron ellas terreno, huyendo en dirección opuesta, y yo quedé nuevamente burlado.

Como ves, la una y la otra se hallaban de buen humor, y se divertían conmigo que era un contento. Me detuve á meditar un plan de campaña de resultado seguro, y concebí el proyecto de una emboscada.

Retrocedí, ocultándome, y, buscando los caminos más estratégicos, fui á tomar posición en la estufa. Si el enemigo, en sus correrías, pasaba por allí, caería sobre él inopinadamente, y no tendría más remedio que entregarse. Esperé el momento de mi triunfo con esa inmóvil inquietud propia de las grandes expectativas, lanzando rápidamente la mirada allí donde los oídos percibían algún rumor sospechoso.

No sé la importancia que tú concederás á esta empresa; pero yo puedo asegurarte que había puesto en ella todo el empeño de mi amor propio.

Imagínate, pues, cuál sería mi desaliento al ocurrírseme la idea de que el enemigo hubiese emprendido una retirada simultánea, y que mientras yo esperaba agazapado en el desfiladero de la es-

tufa, ellas podían estar muy bien descansando tranquilamente de sus fatigas en el gabinete del *trousseau*. Era muy posible, y hasta muy probable, y resolví practicar un reconocimiento.

Saqué la cabeza por entre los tiestos que me ocultaban, y al través de las hojas de un plátano casi recién nacido, que se tendían buscando luz y aire, vi á Elisa que, andando con las puntas de los pies y mirando á su alrededor como para no ser sorprendida, se dirigía hacia la puerta de la estufa. Sin duda, había concebido, como yo, el proyecto de ocultarse en ella, ¡infeliz!..., sin presumir que yo, con todo el grueso del ejército, estaba allí emboscado. Probablemente, Octavia habría apelado al mismo expediente; de modo que el juego de las carreras empezaba á convertirse en el juego del escondite. Octavia, Elisa y yo habíamos vuelto á la dulce edad de la infancia, y jugábamos en el jardín como niños de colegio en las horas de asueto.

Sentía yo, pues, todo el placer infantil de mi ventajosa situación.

Elisa llegó á la puerta de la estufa, y se detuvo un momento, para convencerse de que nadie la seguía, y entró con el mismo sigilo que había llegado. Pasó por delante de mí sin verme y se dirigió al grupo de macetas en que se hallaba la rosa de te.

Allí hizo alto, y quedóse como contemplando la preciosa flor, tan admirada poco antes por Montenegro. Me pareció que había llegado el momento de la sorpresa, y salí de mi escondite, y poco á poco

me fui acercando á Elisa, que se hallaba de espaldas. Entonces me ocurrió que la sorpresa podría causarle una impresión demasiado fuerte, y contuve la mano que iba á apoyar sobre su hombro para hacerla prisionera, y aun tuve intenciones de retirarme; pero en aquel momento Elisa empujó con una mano el tiesto de la rosa de te, y con la otra sacó de debajo de la maceta un objeto que no pude distinguir. Casi maquinalmente tendí la mano y la así por el brazo. El grito que dió todavía lo tengo clavado en los oídos, y aún me parece que siento el temblor de su cuerpo, y aún me parece que veo el espanto de su rostro.

El objeto que había cogido se escapó de su mano y cayó al suelo; era una carta sin sobrescrito, sellada con lacre verde, que yo recogí.

— ¡Qué susto me has dado! (exclamó, repeniéndose y queriendo sonreirse.) ¡Ah!: no te lo perdonaré nunca.

Y viendo en mi mano la carta que se había escapado de la suya, bajó la voz, y confidencialmente me dijo:

—Guárdala; no hay inconveniente en ello. Es un depósito que te confío. Tú no eres curioso, y, además, eres mi cómplice, y no debo tener para ti secretos.

El grito de Elisa atrajo á Octavia, que entró en la estufa pálida y aterrada, como si hubiera sido ella la víctima de aquella sorpresa.

—La he cogido (le dije yo, señalando á Elisa y

ocultando la carta en el bolsillo). Son Vds. mis prisioneras.

—Lo temí (añadió ella). Observé que V. retrocedió hasta la estufa, y presumí que se habría V. ocultado aquí; pero no he visto llegar á Elisa.

—Todo ello (dijo ésta), no ha sido más que un buen susto.

—Muy bueno debe haber sido (insistió Octavia), porque hasta la rosa de te se ha desmayado. ¡Mira, mira! ¡La maceta está volcada!

Y acercándose al lugar de la catástrofe, levantó la maceta volcada, y la colocó en su sitio, diciendo:

—¡Oh, cómo pesa!

Elisa me guiñó el ojo con cierta malicia, y apoyando el dedo en sus labios, me recomendó el silencio.

Octavia cogió el brazo de su amiga, y al apoyarse en él, le dijo:

—Aún tiemblas.

—¡No, no! (replicó con viveza.) Yo estoy ya tranquila; ese temblor es tuyo: tú eres la que tiemblas.

Salimos de la estufa, y atravesamos el jardín, cada uno poseído de distinta situación de ánimo. Elisa, visiblemente excitada de los nervios, se mostraba bulliciosa y habladora. Octavia iba cabizbaja y meditabunda, y yo las seguía con aire distraído, dando vueltas en el bolsillo á la carta que acababa de sorprender en la mano de Elisa.

Ahora bien: ¿qué te parece la rosa de te?»

CARTA XI.

DILACIONES.

Octubre 25 de 1873.

«Aquella noche comió Octavia con nosotros, además de otros convidados, que encomiaron, como siempre, el genio culinario de Donato. Después de comer acudieron muchos amigos, porque era noche de recepción, de manera que me fué preciso aplazar para después la entrevista que debíamos tener Elisa y yo, para hablar del misterioso billete encontrado debajo de la maceta de la rosa de te, que permanecía cerrado en el fondo de mi bolsillo.

No podré explicarte la diversidad de pensamientos que excitaba en mí la existencia de tan recatado documento y la singular manera con que había venido á mis manos; mas te diré, por si no lo sospechas, que experimentaba la más impaciente curiosidad por penetrar el secreto de su contenido, curiosidad de la cual me reía yo mismo.

No obstante, la noche me pareció demasiado pesada, y no encontré amenidad ni interés en las conversaciones de sobremesa, y presumí que iba á fastidiarme soberanamente en las tres horas mortales que, por lo menos, duraría la recepción. Así

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO